

# LA DIMENSION DE LAS PALABRAS

Patricia Díaz Gordon  
Facultad de Educación

**R**eflexionar sobre el lenguaje, específicamente, acerca de las palabras que usamos en la vida cotidiana, ofrece la oportunidad de analizar las implicaciones que tiene; comprender su sentido y dimensiones.

El lenguaje es conocimiento del mundo, por medio de él aprendemos el nombre y el significado de las cosas con las que nos relacionamos. El ser humano, al nacer entra en contacto con un mundo desconocido, aunque puede ver, oír, y sentir, los elementos que constituyen ese mundo, desconoce las designaciones y sentido que los adultos le han dado a cada uno. Así, el bebé, a medida que crece, se familiariza cada día con nuevas significaciones proporcionadas por los adultos en situaciones de constante interacción, dentro de un contexto particular y social.

De esa manera, el aprendizaje del niño depende de la relación que establece con el adulto y de las experiencias cotidianas a las cuales se enfrenta. Por consiguiente, los sonidos que oye el niño adquieren sentido cuando empieza a relacionarlos con un objeto que le es significativo. Por ejemplo, la madre o sustituto, menciona la palabra «tetero», en principio, para el niño es un objeto desconocido, pero, cada vez que se repite el sonido «tetero», posteriormente aparece el objeto designado e inmediatamente el infante consume el líquido del objeto,

entonces, el objeto le resulta significativo.

Tal significación, va acompañada de una situación particular como es la de alimentar al bebé enmarcada dentro de la interacción adulto-niño, que ocurre en un espacio determinado físico y geográficamente: habitación de una casa en una ciudad, es decir, el evento, acontece en un contexto social.

Desde luego, el grupo humano que rodea al niño, la familia, es otro componente importante para darle sentido a las palabras; las costumbres, hábitos, y creencias que éstos practican van contextualizando aún más su significado y la dimensión de ellas.

En la designación que se hace a las palabras, de acuerdo a los objetos, cosas o personas, existe una relación de correspondencia entre ellos: asociar la palabra pronunciada con un objeto específico. En estos actos (palabra-objeto-hechos), tanto el niño como el adulto, no son conscientes de la dimensión que las palabras tienen, solo son nombres que significan un uso y un sentido en su vida cotidiana (Arca y Mazzoli, 1990).

Todas estas relaciones que logra captar el pequeño durante un suceso, son las que le permiten construir conceptos abstractos, los que en sus primeros años de vida provienen de la experiencia y más adelante, surgen de las relaciones extraídas de su propio conocimiento acumulado y complejizado (incluidas sus experien-

cias y constantes confrontaciones con la realidad). Por consiguiente, los conceptos se convierten en construcciones de conocimiento abstraídas de la realidad cuando llega a adulto. Todo este proceso requiere de un tiempo prolongado en la vida del infante y del tipo de experiencias o aprendizajes que le brinden los mayores.

Desde esta perspectiva, los adultos designan con palabras poco precisas cantidades y números. En consecuencia, muchas veces los menores se enfrentan a problemas que deben resolver de diferentes modos (Arca y Mazzoli, 1990). Uno de tantos casos es donde se le pide al infante escoger un objeto entre varios posibles, aquí se requiere diferenciar plenamente el objeto, dicho de otro modo, necesita establecer la relación entre el nombre el objeto y la cantidad. Un ejemplo de ello: se le dice al niño «trae los zapatos», indica cantidad (2) que corresponde a cada pie, claro que nadie le ha dicho son «dos!», pero si trae un zapato, viene la pregunta de desaprobación por parte del adulto: y el otro?, la misma situación le muestra al pequeño las relaciones que ha de establecer: un pie -un zapato- (uno a uno), otro pie -otro zapato.

Otras situaciones de palabras que expresan cantidades, como mucho y poco, varían del adulto al niño: 3 ó 5 dulces para un niño es poco porque le gusta y desea más, mientras que para el adulto es mucho y piensa que le hacen daño. En ese sentido, los términos designan cantidades

difíciles de diferenciar para el infante porque están en relación con las proporciones y significados que les imprime el adulto, solo los actos que apruebe éste le orienta el sentido del término a él.

Esta reflexión sobre las dimensiones que tienen las palabras muestra el papel que juega el adulto en la construcción del conocimiento del mundo en el niño. Más aún, si trasladamos dicha situación a la escuela, donde el maestro representa el saber, usa palabras de diferentes disciplinas del conocimiento (matemáticas, ciencias sociales y naturales, español y literatura) en la enseñanza de los conceptos básicos.

Los conceptos que se manejan en las matemáticas, son abstractos y representados de manera simbólica mediante signos específicos y propios de esta disciplina. Esos conceptos expresan relaciones que la mente humana ha ido abstrayendo a través de la historia, en la interacción con los objetos del medio. Tales relaciones no están presentes directamente en el objeto en sí como el color,

tamaño, forma, cantidad; están fuera del objeto, están en el significado y representación que el hombre quiera establecer con esos objetos de acuerdo a sus necesidades de organización, de cálculo, de construcción, de ordenamiento, etc.

La escuela en la enseñanza de las matemáticas, ha de «vincular los aprendizajes» del niño a los «contextos familiares» y a la «experiencia social» bien sea mediante «dibujos, esquemas, el lenguaje natural» a fin de que el alumno pueda dotar de significado las expresiones matemáticas (Gómez, 1989).

Finalmente, es importante destacar, que el mundo del adulto en la visión del pequeño, resulta de difícil acceso por los usos y valores que ya tiene construido aquel, tanto en el saber cotidiano como en el saber de la escuela y depende de ese para ir construyendo su propio conocimiento del mundo, mediado por el lenguaje y enmarcado al contexto social y cultural en el cual se desenvuelven los dos.